*Samuel y la abuela Carmina entraron juntos a la iglesia, lugar donde se juntaban cada vez más vecinos emplazados por una eficaz convocatoria boca a boca. Al llegar junto a don Jaime, el joven cura que tras años de buen hacer se había ganado a la parroquia abrazó a la nerviosa abuela con sincero cariño.*

*—No te preocupes, Carmina, lo más posible es que solo sea una travesura o un despiste. Dios no puede permitir que nada malo suceda a uno de mis monaguillos.*

*Mariano “el chispa” organizó enseguida dos equipos de búsqueda. En su furgoneta le acompañaron sus primos Rafa y Matías y, con Samuel como guía, se dirigieron a revisar el lugar donde habían pasado esa mañana. Al resto les encomendó la tarea de repartirse en parejas para recorrer el pueblo entero, desde las piscinas hasta la fuente de los dos caños, desde las bodegas hasta la ermita del Humilladero. Todo fue inútil.*

*Casi caía la noche cuando, tras aviso del alcalde, al fin llegó una pareja de la Guardia Civil. Organizaron batidas, se subió hasta el pico Atalaya, se acercó gente a Fuente Hinojo, alguno llegó hasta el Duero. Para esas horas se había extendido la noticia a los pueblos cercanos y varios vecinos de Santibáñez se unieron a la búsqueda. No quedó ni un granero sin visitar, ni un pozo sin mirar, ni un pinar sin recorrer. Habían pasado demasiadas horas ya, podía haber ocurrido cualquier cosa.*

*Pasaban casi tres horas de la medianoche cuando don Jaime mandó a descansar a las mujeres que no se habían unido a las batidas y que seguían fieles allí preparando de continuo cafés y refrigerios. Cuando se quedó solo con doña Carmina, ésta se derrumbó.*

*—Mi niño chico…es mi culpa — Y lloraba.*